

NELSON LLANES

Los cerdos salvajes



Edición: Pablo de Cuba Soria
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña
© Imagen de cubierta: *Ira*. Serie “Los siete pecados capitales”, de Pieter Bruegel (El viejo).

© Nelson LLanes, 2025

Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2025

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

ISBN: 9798282634396

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

*La mitad de las opiniones que formamos
acerca de los demás son grotescas.*

Virginia Woolf

*Bendigo la creación (...), pero hay que aplastar
a un insecto hediondo para que no se arrastre,
para que no destruya la vida a otros.*

Fiódor M. Dostoievski

Advertencia al lector

La creencia de que la sangre determina la conducta es mucho más antigua de lo que se supone, aunque se da por sentado que esta idea se formalizó con la racialización colonial. A pesar de ello, resulta escabroso ficcionar sobre un tema —digámoslo de una vez— cuyo nombre no es otro que el *exterminio*, palabra anegada por su propio estigma. Esta, y no otra, es el arma del protagonista de *Los cerdos salvajes*. Vitas, *El Leñador*, desea mejorar el menú de este bufé que es la tierra (llámese *Maqueira*). La carta, examinada con la escrupulosidad que reclama, le resulta inmundada, a tono con una fiambrería; por consiguiente, no puede mejorarla sustituyendo algunos ingredientes, sino suprimiéndola por completo. «*Naranjas y mantas para todos*» es el subterfugio que empleará su relevo —el nuevo protagonista, que viaja como los apóstoles y sus discípulos, pero en dirección contraria— para implementar el inviable método del maestro por caminos longitudinalmente pragmáticos. Lo espinoso del asunto, junto con sus incentivos y connotaciones morales, arrastra a los personajes a confrontarse consigo mismos y a vislumbrar que no son tan distintos de aquellos a quienes pretenden exterminar. El gran inconveniente es que no advierten que el amor es una mercancía con gran capacidad persuasiva y que su aniquilación pone a los victimarios en manos de su propia ley.

Aun así, más que una novela de odio, esta es un viaje hacia la naturaleza humana en su sentido más rudimentario, cuyo destino es la aceptación como única posibilidad para garantizar la convivencia de todas sus formas, incluyendo la vacuidad y el menoscabo. A fin de cuentas, en el mejor de los restaurantes se suelen infrautilizar ingredientes de la más noble jerarquía sin que por ello se nos rebaje un centavo de la cuenta. Como siempre, las grandes obras pretenden encubrir grandes defectos.

El autor

HAY QUIEN PIENSA que fuimos engendrados en el amor y educados en el odio. Al menos eso cree el señor Vitas Marín, a quien si le dan a escoger no dudaría en argumentar: ¡para qué diablos sirve el prójimo!, y seguramente añadiría emulando a uno de los personajes de Tolstoi: “el prójimo, ese manantial de iniquidades”. Si se pudiera almacenar el odio en tarros, la tierra estaría a salvo, siempre que no aparezca alguien como él, dispuesto a descorcharlos. Hay muchos tipos de hombre, pero si algo tiene en común un buen puñado, es la capacidad de odiar. Vitas, por ejemplo, lo ve todo con mirada oblicua, desde una deslucida puesta de sol hasta el modo en que nos conducimos. Todo, para él, es una manifestación grandilocua del espíritu socarrón del diablo, sin que pocos adviertan su singular marcialidad. En cambio, cree que cada cual es culpable de su oprobioso desaliño, y que cada quien está más pendiente de sacar una buena tajada que en preocuparse por su afectado lucimiento. En el lugar de Dios, ha colocado un sustituto que nos otorga el mismo favor, graciosamente modificado: el libre albedrío en asuntos del mal.

Se empeñaba en afirmar que no era un descendiente de Ahab, y rectificaba, *a no ser que consideres al hombre, como en efecto es, el principal depredador y exterminador*, y seguidamente preguntaba: ¿Cuán abundantes son los descendientes del odio? Su habilidad para enredarnos en nuestra propia red es superior a cualquier suspicacia. En cuanto haga que parezcamos unos improvisados sin que nos atrevamos a confesar nuestra derrota, se adelantará para afirmar: cada cual se siente un ejemplar único. El individuo más mediocre no dará su brazo a torcer porque al hacerlo aceptará que su mediocridad no es más que una entre mil. Nadie sabe dónde afila sus cuchillos. Cualquiera daría un tramo de su piel para que pruebe el filo de su inofensiva apariencia.

Quizá la respuesta esté en una inocua receta: maldecir en silencio, o al menos en voz baja, para que el mundo que sus ojos contemplan no le tire de los pelos y quebrante su alma diabólica. De los débiles librenos Dios. El nacimiento de Vitas Marín es algo que pasaremos por alto, por cuanto las fechas afirmativas no son de su incumbencia, no así las que dieron lugar a sublevaciones, saqueos y crímenes; estados, para él, permanentes de la conciencia. Es muy probable que algunos de sus pensamientos le hagan temblar más de una vez, pero tampoco esto lo confesará. Quien pretende llevar la razón no se permite un indicio de debilidad, por insignificante que parezca. No hay más que verle sonreír de la manera más enigmática cuando advierte que su interlocutor es alguien competente. Sabe cómo manejar sin palabras los golpes bajos que

conducen a cualquier derrota. Verlo caminar por la calle disfrazado de paisano es un acto alucinante para los pocos que, como yo, saben de qué material está construido. El torso levemente encorvado simula la huella que las inclemencias tatúan en los hombres de su edad, así como esa expresión levemente compungida, indicativa de la ordinariez más razonable. Para vergüenza de los actores más consecuentes, Vitas, ha renunciado a la precariedad de los escenarios para disolverse en la reiterada corriente ciudadana.

Como vivía cerca del Parque de Las Tres Espadas, lugar donde se concentraban las oficinas de contratación, no hacía más que atisbar por la ventana el movimiento de las grandes masas en cuanto se levantaba. Observaba con sorna a aquel ejército de asalariados dispuestos a mentirle al primer empleador, sin importar lo que ofreciera, ni mucho menos de quién se tratara. Pensaba que no podía ser bueno un hombre cuyo timón fuese su estómago, un ciudadano dispuesto a envejecer a merced de los caprichos de otro, con más dinero, mejor suerte o más inteligencia. ¡Había que ver qué numerosos eran los vicios y maldades que ocultaban! Solo que ante él no podían disimularlo, pues aunque no fuera adivino, juraba que en lo más íntimo de cada ser habitaba una concubina que por suerte él había sabido estrangular tempranamente. *La certeza es como la fe, mueve la conjetura a terreno firme, la convierte en un hecho irreversiblemente real*, solía afirmar, sin que nadie se atreviera a poner atención a razonamiento tan comprometedor.

Pero una de sus frases de cabecera era: *¡Qué lleva un pájaro en el pico sino un insecto que alimentará a otro pájaro con el néctar de la muerte!* Ante afirmaciones como esta es preferible callar. No conviene darle demasiado crédito a Vitas, cuando todo lo que hace y proclama busca desvencijar aún más los ruinosos muelles sobre los que descansa la civilización. Por otro lado se mofa de aquellos ejemplares que caminan como pingüinos, con la cabeza calva y el cuello tan breve como una jicotea, y que aún así se dan aires de grandeza. Este hombre, visiblemente coqueto es, para su regocijo, mayoría, una plaga fecunda, motivo de su existencia.

Posiblemente ha sufrido como cualquiera y prefiere la risa de quien ha renunciado al dolor, de quien funda todas sus esperanzas en la burla de las pequeñas y colosales ridiculeces ajenas. Pero contemplándole bien, es muy probable que tenga otras razones para pensar y proceder como lo hace. Según Vitas, el hombre es el rey de las conspiraciones, de las pequeñas y las grandes, por lo que finalmente, a menos que sea muy inteligente, termina siendo víctima de ellas. Puede ser esta, quizás, una de las razones por las que él mismo ha terminado conspirando contra el hombre en su sentido más vasto y genérico; pero más que a las razones atengámonos a los hechos.

Es preciso decir que cuando decidió organizar el congreso, no habían aflorado todas las reprensiones que aparecerían después y que con tanta propiedad le dieron el sobrenombre de *El leñador*. Entonces en más de una ocasión se le escuchó decir: *¡Mis abejas! ¿Dónde están mis abejas?* Deploraba no poder jun-

tarlas y lanzarlas, como un ejército insaciable, sobre las huestes humanas. En todo esto pensaba cuando subía, con paso firme, la afilada escalera de caracol que daba al segundo piso de la biblioteca donde se realizaría el congreso. Mientras ascendía rumiaba expresiones amargas que le resultaban difíciles de tragar y digerir. Y de vez en cuando lanzaba manotazos queriendo exterminar unas pequeñas moscas que ni siquiera habían tenido la osadía de parecerse a sus mayores. ¿Cómo siendo tan disminuídas se atrevían a importunarle? Creyendo que el movimiento le impedía pensar con naturalidad, se detenía y profería alguna que otra frase cuyo enclaustrado vuelo regresaba a sus oídos como un latido cuya misión es repetirse ininterrumpidamente. En cambio, le resultaba extraño que su exhortación al congreso hubiera encontrado resonancia. Nunca pensó que el odio tuviera tantos súbditos, algunos de los cuales pasaban por ciudadanos corrientes, y con los cuales, incluso, la naturaleza se había ensañado, por lo que no estaban en condiciones de juzgar a sus semejantes con la vara de la exclusión.

Encaramado en esta idea le parecía que la escalera era menos alta y se vanagloriaba de que, a pesar de su edad, era capaz de subirla sin grandes contratiempos, incluso las manchas de las paredes dejaron de exasperarle. Le habían dicho que más de veinte personas le esperaban en el salón de conferencias y desde allí escuchaba un eco similar al que produce la letanía del rosario. Vislumbraba sus caras, y en lugar de enorgullecerse, un sentimiento de frustración le asaltaba,

pero no tenía demasiado tiempo para detenerse cada vez que una idea contradictoria le importunaba, además había algo en las escaleras que definitivamente le exasperaba. Este ejercicio era también una manera de sobreponerse a sus propias amonestaciones.

Cuando por fin entró en el salón, una cerrada ovación le reanimó, y olvidó por un momento los límites a los que le habían llevado sus dudas. Era cierto que aquellos que le aplaudían parecían tan comunes como cualquier otro, pero si estaban allí era porque algo diferente les impulsaba a creer en él. Y eso era más que suficiente para continuar. En la medida que el congreso avanzaba, zozobraba el barco que mantenía a flote la apariencia de tolerancia que un inicio pareció reinar. En un abrir y cerrar de ojos todos los dedos y todas las voces acusaban a los hombres comunes de ser los protagonistas de la barbarie. Siendo estos mayoría, solo una reducida plantilla, entre la que se encontraban ellos, era susceptible de ser exonerada. Vitas Marín fue elegido vocero y representante. *¿Qué sería de los hombres sin el escaso raciocinio que suelen tener sino un trozo de carne adornada con más o menos pelo, acaso un puercoespín o un mono?* Con estas palabras, El Leñador cerró el breve, pero convulsionado congreso que pretendía devolver absoluta visibilidad al discurso hipócrita de los hombres. *Si al menos no trataran de enmascarar lo que sienten serían un poco más reales a pesar de su incumbencia totalmente falsificada en los asuntos que conciernen al prójimo,* aseveró uno de los participantes. Creían conformar, a pesar de todo, una cofradía de la bondad, entendida en el

sentido inverso a la aceptación indiscriminada de cuanto existe.

Era imposible que Vitas no supiera, como pretendía negar, dónde se encontraba la llave del desprecio. Muchos hombres odian, pero a pocos se les da acceso a la herramienta que abre el más inaccesible y minúsculo cofre de la ingenuidad para vaciar en él la lava ardiente de la animadversión. Esa llave suele ser tan certera y ponzoñosa como la lengua de un áspid. Y él la tenía. Algunos de los integrantes del club de odiadores lo sabían y acariciaban la idea de hacerse con ella al precio que fuera necesario, incluso pretendían llegar más allá de Vitas, El Leñador, quien hasta ahora no había contemplado la venganza como respuesta a su desenfrenado espíritu crítico e irritado. ¿Pero, sería cierto que Vitas, pese a todo su rencor, no sería capaz de salir de su escondrijo y rebelarse abiertamente contra esos que, como él mismo duda, dicen ser sus semejantes? Al terminar el congreso ha invitado a sus seguidores a pasar del verbo a la acción implícita, si bien los ha mirado a todos con recelo; mas, ¿quién que albergue tanto odio puede medir la cuota de desprecio con la que es observado?

¿Semejantes?, ha preguntado, ¿cómo puede ser ése el galardón que merezca mi ininterrumpida militancia en la belleza de las cosas? Asumir eso significaría que no existe sobre la tierra otra cosa que no sea el mal gusto y la cerrilidad de los instintos. Si la esterilidad de los instintos no fuera otra cosa que la tendencia general del comportamiento humano, nadie tuviera la gracia y el poder de vapulear a la crápula de la que forma parte. Los ejemplos,

*en cambio, dicen lo contrario: encuestas anónimas han registrado que los británicos son los turistas más odiados en general en países como España, Portugal, Croacia, Grecia, y Chipre; los alemanes lo son en Italia, Dinamarca y Países Bajos; y para no hacer extensa la lista, los nativos de Los países del Golfo son detestados por los turcos. El propio planeta tiembla y se sacude de vez en cuando para escabullirse de los odiados, ¿serán para él también más execrables que los odiadores? Atengámonos a los hechos y veremos que existe un sector que no se alinea con los débiles y malogrados que tanto deploraba Nietzsche. Aunque muchos de estos postulados se le hacían incomprensibles a algunos espectadores, la pasión con que eran expresados por *El Leñador*, suscitaba una corriente general de asentimiento. Si este fruncía el ceño, muchos lo hacían también, y si entrecerraba los ojos, todos veían disminuir dramáticamente la intensidad de las imágenes que percibían. Bastaba un puñetazo sobre la mesa para que los corazones saltaran sobre sus cuerdas.*

En cambio, lo más relevante del congreso ha sido la vehemente sugerencia que ha hecho *El Leñador* a sus seguidores. Con el rostro gravemente compungido, pero con voz firme, ha advertido que en caso de una posible revancha, los miembros más precavidos deben tener a mano un veneno letal para evitar un sufrimiento mayor causado por la impiedad de los hombres, cuya condición de genocidas no tiene ni tendrá vencimiento, por cuanto su origen se haya inextricablemente ligado a su deseo de prevalecer. En este respecto se hacía difícil negarle la razón.

¿Qué otro argumento explicaría el motivo por el cual estamos a merced del *sobresalto*, emulando a las palomas o a los gatos, los cuales al menor ruido echan a volar o a correr despavoridos? Suavemente extrajo un diminuto recipiente de uno de sus bolsillos y sin decir una palabra se lo mostró a la audiencia. Aquel pequeño receptáculo tenía, según explicó, la potencia de un disparo y la capacidad de adelantarse al efecto de un rayo.

Cayó por la escalera. Era apenas una niña. Llevaba unas sandalias de felpa adornadas con lentejuelas y canutillos. El llamativo calzado voló por los aires e iluminó como un rayo la extensa habitación. Su sombrerito de raso y su bata de dormir, terriblemente anticuada, le daban un aire de viejo maniquí, un viejo y diminuto maniquí. Y su cara, ¡Dios mío! Cuán pálida e inmaterial resultaba ante el exhuberante colorido del majestuoso salón. Afuera, en el jardín, los patos disipaban su calor en el estanque, ajenos a los gritos del espanto. De pronto se escucharon unos ladridos. Los perros recriminaban supuestamente a una silueta que se adentró en el frondoso bosque poblado por inmensas secuoyas y que lindaba con la casona. Vitas, miraba con gran expectación, desde la ventana de su cuarto. Tenía apenas doce años.

Entre las luchas a las que ha llamado está el linchamiento intelectual de las masas, despotricar e insultar sin llegar a maldecir. No han renegado de Dios como figura central, pero lo reclaman como patrimonio de

la excelencia de la que dicen formar parte. *Los demás, aclara, no son capaces de acercarse, con precisión, a sus contenidos.* Ha asegurado que el desprecio es tan contagioso que no es necesario hacer demasiado hincapié en él, que con solo hacerse merecedor es suficiente. *Sobre este particular, la victoria es rotunda porque no hay otro punto para juzgar como el desprecio. ¿De dónde parte si no, toda la crítica que ejercen a diario los hombres?*

Si algo ha quedado claro es que no caben ni la violencia, ni la rapiña. Se trata de una callada reacción detectable en la mirada ardua e incisiva, para lo cual es necesario divorciar la palabra del pensamiento, operación que requiere de un continuo ejercicio. Odiar desde el corazón es el mayor certificado de autenticidad y grandeza. De esta manera el rencor contenido está llamado, según el Leñador, a multiplicarse como las aguas represadas durante la tormenta. Una creciente animadversión, ni siquiera acompañada por la dura acción de las palabras, es como una bomba a la que se le retira su capacidad de explotar en el mismo instante en que está por hacerlo. Ese fuego consumidor es una especie de hormiguero estético que nos librerá de la inercia que crean los flácidos sentimientos de extrema compasión, responsables de las estultas fisonomías del populacho que redundan en el indefectible anonimato. La excepcionalidad es el capital de los que disienten. *Echad un vistazo a las caras de los obreros y solo verás hacendosas expresiones de conformidad acompañadas del rictus de la anonimidad. El conformismo es la más sacrílega indumentaria de la especie, la exhumación de cualquier insulso vestigio de falsa humanidad.* Era de

esperar que tras este razonamiento desplegara toda su imaginación para aparecer a la luz pública como un obrero más de los que se tropezaba a diario.

Por otro lado, si nos remontamos a los días del Génesis, qué es el Diluvio sino un insuperable certificado de la autenticidad de un odio contenido durante muchísimo tiempo y que se precipitó como la lava de un volcán inactivo cuya pasividad no era sinónimo de indiferencia. Al igual que un volcán rugiente —si bien las acciones de los miembros, incluyendo la de Vitas, estaban disminuídas —compartían voces acontraltadas, y en el peor de los casos abaritonadas, como corresponde a los embajadores de la inquina. ¿Interpretaban algún papel? No. Lo sentían como latidos en las sienes cuando la ira se colorea de sinuosidades azules a través del filtro bermejo de la piel.

Se dice que la noche del presunto asesinato, dio inicio a una serie de eventos que marcaron con hierro la vida de Vitas. La familia aterrorizada abandonó la casona, y luego el destino puso al joven leñador a merced de sucesivos abandonos, pero sobre esta parte no ha dado detalles, quizá porque aborrece el papel de víctima. Lo ha manifestado varias veces, *los triunfadores deben beber del veneno de la serpiente, pero nunca la imposibilidad de pararse sobre sus propios pies.* Acerca del patrimonio de los seguidores de Vitas, he de reiterar que aunque no se enrojecerán sus manos de sangre, no ocurrirá lo mismo con sus pensamientos. Como él, no soportan ser tachados de insensatos, bastante tienen con vivir en los abismos de la tierra. No es de extrañar

esta postura. Nadie ha sido juzgado por la maldad de sus ojos si sus manos están bañadas de inocencia. Las armas de *El Leñador* se esconden en el espíritu, donde no ha llegado, ni llegarán jamás las coordenadas del derecho. Buena estrategia: ¿cómo juzgar a un hombre por la afrenta de su pensamiento, la crispación de sus manos, o las calamidades de su raciocinio?

A pesar de la ferviente aceptación, pocos superaban la ira y el enojo de *El Leñador*. Ni siquiera las esporádicas alegrías lograban borrar la saña sobre la que crecían cada uno de sus razonamientos, cada uno de sus incomprensibles desdenes. ¡Vaya si tenía gracia matar sin disparar un tiro! Estaba dispuesto a recuperar los emolumentos que su suerte le debía en materia de felicidad y bienestar. ¿Qué más hemos podido averiguar de nuestro hombre? No mucho, como antes dije. Su vida privada es casi un enigma. De ella sabremos más por sus acciones que por cualquier otra suposición o referencia. Lo cierto es que su buen trato hacia los demás no dejaba de estar enmascarado. Debajo del antifaz pernoctaba una mueca abominable y un deseo de peor naturaleza.

Al terminar el congreso decidió volver a usar la escalera, pero esta vez su desplazamiento se hizo más lento. Daban vueltas en su cabeza cada una de las ideas que había intentado transmitir y sopesaba las ganancias que estas le debían producir. Aquellos hombres, más que en inteligencia, sobreabundaban en rabia. Estaban heridos de muerte y no concebían otro final que no fuese ese. Cuán certero resultaba el puñal que les zahería. *Benditas mortificaciones*, se

decía. La falta de interés de que había sido objeto al subir, se transformó, al bajar, en una resplandeciente victoria. Nunca antes, ser humano alguno descendió una escalera con mayor satisfacción. Ni siquiera las inoportunas moscas que le perseguían le molestaban, se transformaron en una compañía repentinamente deseable. Tampoco le importaba que las sombras deformadas que proyectaba su imagen sobre la pared le devolvieran con exactitud su verdadera identidad. Ahora eran vistas como una magnífica traslación de su grandeza. ¿Acaso no le habían aplaudido con soberbia? Las miraba y se maravillaba de que algún día aquellas mismas siluetas se vistieran de la luz que genera el fulgor de la trascendencia.

Al llegar al primer piso, advirtió que un numeroso grupo de individuos, entre ellos, presumiblemente algunos de la prensa, le aguardaban, por los que decidió salir por una puerta trasera que conducía al patio de la biblioteca. Fue allí donde le esperaba Rudy, a quien recibió sin la más mínima sorpresa.

—¿Es usted el que quiere escribir sobre mí?

Le observó un instante y al escuchar pasos que se aproximaban le tomó por el brazo y salieron a toda prisa.

—¡Vámonos! —le dijo—. En el fondo añoran la celebridad.

Fue en ese momento cuando se escuchó una voz que gritó: “El leñador ha desaparecido”.

—¿Desaparecido? —, preguntó Rudy.

—Es lo que les haré creer, y lo he elegido a usted para que me ayude en este nuevo proyecto.

—¿A mí?

—Sí. En el fondo somos parecidos. No negará que conoce el corazón del hombre tanto como yo. Me he informado antes de decidirlo.

—No podrá escapar de la curiosidad.

—Se equivoca. Quiero estimularla; sin intrigas no hay causa, y sin causa no hay seguidores. No se preocupe, le pagaré mucho más de lo que le pagan en el diario. Aunque, para ser honesto, he de decir que sé perfectamente que lo menos que interesa a la gente como nosotros es el dinero. Claro está, no deberá renunciar a su trabajo. Desde allí emprenderé mi cruzada que a fin y al cabo es la suya. No hay nada como un mártir para alebrestar a sus seguidores, y créame que tengo suficientes como para pasar a la segunda etapa.

—¿Cuál fue la primera?

—La de la persuasión, las reuniones secretas, y por último el congreso. Ya es hora de morir, quiero decir, desaparecer. No podrán pedirles cuentas a quien no existe. Y de paso me libro de ese incestuoso roce.

—¿Se refiere a sus seguidores?

—Exactamente. Ya le dije antes que más que el desprecio hacia la especie, los anima el protagonismo. Creo que usted pasa de eso. En pocas palabras, usted al igual que yo, es un genuino maldiciente.

—Quiere eso decir...

—Quiere decir, estimado amigo Rudy, que desde ahora seré su prisionero. Usted será el enlace entre un desaparecido que se comunica a través de cartas que no tienen la dirección del remitente. Eso le

hará creer usted a los insaciables reptiles que me idolatran.

—¿No teme de las autoridades?

—Están demasiado ocupadas con los delitos comunes. Pronto lo olvidarán. No entienden de batallas espirituales. Lo de ellos es el acto tangible, la víctima constante y sonante, las superficies manchadas, el casquillo de la bala, el mechón de pelo del victimario.

—¿Pretende llevar una vida de ermitaño?

—Es uno de mis mayores deseos. Estoy harto de lo mismo. Los seres humanos no hacen más que preguntarse unos a otros cómo están todo el tiempo y desearse la buena ventura. Hemos edificado un reino absurdo de formalidades, el más gigantesco y ridículo de cuantos existen. Por fin me libraré de las idioteces de ese estado. ¿Cuánta gente franca queda entre nosotros? No podríamos juzgarlos a todos por eso porque no quedaría uno solo libre de culpa. Por suerte lo nuestro es más superficial. Nos conformamos con eliminar el bagazo. El zumo es harina de otro costal. Sería un proyecto irrealizable. Ni siquiera Napoleón hubiera logrado algo semejante si Murat no le hubiera traicionado.

Una cabaña en las afueras serviría de refugio a Vitas, un lejano descendiente de Ben Gunn por propia convicción. Rodeada de arbustos, estaba curiosamente acotada por una colonia del árbol del amor o árbol de Judas, cuyas hojas en forma de corazón suplían todas las faltas que podía tener. Desde allí —la cabaña de Judas, como él mismo la bautizó —le recibiría para

dictarle sus disposiciones y sus últimos hallazgos en materia de desafección. No era la primera vez que el resentimiento se alojaba y se sentía a gusto a la sombra del amor.

ÍNDICE

Advertencia al lector	9
1	11
2	27
3	39
4	53
5	65
6	77
7	89
8	99
9	109
10	119
11	129
12	139
13	149
14	159
15	169
16	179
17	191
18	203
19	213
20	223